



PRISIONERA DE SU CUERPO

José Tomás Reyes Bujalance

PRISIONERA DE SU CUERPO



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Tomás Reyes Bujalance

ISBN: 979-13-88411-12-0

ISBN digital: 979-13-88411-13-7

Depósito legal: M-19187-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, Pepe y Concha, que me duraron tanto que no tengo manera de dejar de echarlos de menos. A mi padre por sus «entrevistas» socarronas y llenas de humor, pese a su demencia. A mi madre por sus conversaciones y cuentos tan inspiradores.

A mis hijos, Almu y Carlos, para que siempre recuerden que lo único inembargable es lo que se tiene en el «coco». Así es que ¡a no cosificarse!

A mis nietos, Curro y Carlos, para que nunca olviden nuestros desayunos de «chicos» de los domingos y para que sepan que yo siempre estaré ahí, con ellos y para ellos, y por eso, parafraseando a Miguel Hernández... «Aunque bajo la tierra mi... cuerpo esté, escribidme a la tierra que yo os escribiré».

A mi mujer, María, por quererme y, ahora especialmente, por acompañarme.

A Joaquín Lozano, mi primer lector y prologuista, y a Ricardo Baena Morales, mi amigo de siempre, porque sin que ellos lo sepan, me incitaron a la escritura de esta novela.

¡Horrible, sí, la sospecha, pero más horrible el destino! Puede asegurarse sin vacilación que ningún suceso se presta tan terriblemente como la inhumación antes de la muerte para llegar al colmo de la angustia física y mental. La intolerable opresión de los pulmones, las sofocantes emanaciones de la tierra húmeda, las vestiduras fúnebres que se adhieren, el rígido abrazo de la morada estrecha, la negrura de la noche absoluta...

EDGAR ALLAN POE. *El Entierro Prematuro*

NOTA DEL AUTOR

Esta novela sumerge al lector en el ambiente histórico y social de la ciudad de Baena durante el siglo XIX. Su estructura narrativa está cuidadosamente tejida a partir de sucesos verídicos e inventados, creando un lienzo en el que la historia documentada y la imaginación se dan la mano. Sin embargo, es fundamental recalcar que el impulso de la ficción prevalece sobre la estricta crónica de los hechos. Las fechas y los acontecimientos no se ciñen a un rigor documental ni a la servidumbre de un orden cronológico exacto, pues la prioridad es la vitalidad y el desarrollo del relato.

En cuanto al elenco de personajes que pueblan estas páginas, la gran mayoría son enteramente ficticios, nacidos de la necesidad narrativa. No obstante, para dotar de una autenticidad y un anclaje esenciales al hecho histórico, ha parecido indispensable la incorporación de figuras reales que dejaron su huella en la época. Personajes que formaron parte activa de la historia, como podrían ser los intervinientes clave en la Revolución Gloriosa o varios de los alcaldes que dirigieron el destino de Baena, aparecen citados o tienen un papel dentro de la trama.

Finalmente, se añade un nivel más profundo a la mezcla temporal. Algunas de las personas mencionadas a lo largo de esta obra han existido en la realidad, pero fueron contemporáneas al autor y no al siglo XIX. Sus trayectorias y circunstancias profesionales han sido deliberadamente trasladadas y adaptadas al contexto decimonónico. Este ejercicio narrativo se realiza con el propósito de servir como un cálido reconocimiento y homenaje del escritor hacia ellas.

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR.....	9
Prólogo	13
Capítulo I Los secretos de mi desván	17
Capítulo II Mi despertar.....	23
Capítulo III La enfermedad de doña Ana.....	25
Capítulo IV Baena, una primavera de la segunda mitad del siglo XIX	31
Capítulo V La compra de la Casa de la Tercia.....	37
Capítulo VI El aniversario de boda.....	51
Capítulo VII Don Ramón, una enemistad manifiesta.....	59
Capítulo VIII Una reunión en el casino	67
Capítulo IX La confesión de doña Ana.....	77
Capítulo X La compra de la casa de la Tercia (II).....	85
Capítulo XI La reunión en Boto.....	107
Capítulo XII El plan de don Ramón.....	121
Capítulo XIII La sospecha de doña Ana.....	133
Capítulo XIV La libertad con condiciones	157
Capítulo XV La denuncia judicial	177
Capítulo XVI El desarraigo del Cagarrache	191
Capítulo XVII Las últimas voluntades de doña Ana.....	211

Capítulo XVIII Los juicios	223
Capítulo XIX Rumores	249
Capítulo XX La sentencia.....	261
Capítulo XXI Semana Santa.....	277
Capítulo XXII El nuevo Manuel María.....	291
Capítulo XXIII La Gloriosa Septembrina	307
Capítulo XXIV Las ausencias de don Manuel.....	335
Capítulo XXV Hasta siempre, amigo	351
Capítulo XXVI El desenlace.....	363
Epílogo	379
Personajes ficticios.....	381
Personajes reales.....	383
Personajes reales, pero ficcionados y llevados a la época en que se desarrolla la novela.....	385

Prólogo

Lo normal de los espejos es eso de mirar en ellos para verse reflejados, sin embargo, hay otro tipo de espejo, o al menos así lo pienso yo, que, cuando te pones a mirar en él, alcanzas a ver mucho más que lo que está fuera del mismo. Es más, puedes llegar a ver lo que hay en la profundidad de su interior, donde, sin que nos demos cuenta, se encuentra todo eso que, sin saberlo, conforma el bagaje invisible que nos acompaña y que no es más que ese conjunto de rasgos, vivencias y circunstancias que pertenecieron a los de nuestra misma sangre que nos antecedieron, pero que no han desaparecido del todo, a pesar de no acompañarnos físicamente desde hace muchos años ya. Y es que, su presencia, de otra manera y forma, solo se va disolviendo muy poco a poco en la solución más perfecta e implacable que existe, el tiempo.

De alguna manera, José Tomás Reyes se atrevió a mirar en ese espejo y, casi sin percatarse de ello, se fue dejando trasladar a un espacio que parecía nuevo para él, aunque en realidad ya lo conocía sin saberlo.

A partir de ahí, fue reconociendo no solo a las personas, sino también todo aquello que por entonces las acompañaba, hasta en los más mínimos detalles, logrando, no solo ser testigo directo de tantas vivencias pasadas, sino haciendo posible que el lector lo acompañe en tan emocionante viaje.

Porque han sido los propios personajes, reales o ficticios, que a la postre poco importa, los que fueron guiando al autor e introduciendo al mismo en el ambiente de aquel siglo xix que tanto influjo depositó entre los que somos fruto del siglo xx. Al fin y al cabo, no podremos entender bien todo aquello que en ese tiempo nuestro

vivimos, gozando o padeciendo, si no echamos la vista atrás y buceamos por entre los vericuetos, casi siempre retorcidos, de aquella sociedad decimonónica de la que bebió y en la que se apoyó para acabar siendo lo que fue el antes referido siglo xx.

Por mil y una razones sobrevenidas, e impuestas durante muchísimo tiempo, era aquella sociedad agraria y arcaica del xix, fundamentalmente en nuestra profunda Andalucía, un pequeño mundo que seguía sumergido y anclado en un interesado escenario de desigualdad, diferencias tremendas entre clases sociales y, salvo contadas excepciones, regido todo por un enorme déficit de formación, de información y de medios económicos que condenaba a la gran mayoría de la población a integrar la masa de braceros mal pagados que solo podían aspirar a sobrevivir con sus familias en el terrible umbral de la miseria. Naturalmente y por lo general, la escasa clase, digamos pudiente, o, mejor dicho, poderosa, porque hay que incluir en ella a eclesiásticos y milicia, era la que imponía su criterio siempre en función de un interés particular que, ni decir tiene, debía quedar salvaguardado contra viento y marea.

Nos adentramos así en una Baena a la que vamos descubriendo hasta en sus detalles más minuciosos de la mano de varios hilos conductores que nos hacen permanecer atentos y expectantes durante todo el recorrido de la obra. Una trama bien urdida en donde no falta casi de nada, pues la intriga nos acompaña de la mano de los pormenores acerca del estado de salud, para ella inconfesable, de doña Ana, siempre acompañada por su fiel Carmen. La eterna disputa entre don Manuel María y don Ramón que va subiendo su grado de intensidad con el transcurrir del tiempo hasta desembocar en un desenlace trágico. La realidad social que todo lo rodea y que nos introduce en el movimiento, romántico para algunos, del bandolerismo. Y, cómo no, las circunstancias históricas de una época tan convulsa, con continuos pronunciamientos militares, enfrentamientos y algaradas que casi siempre terminaban sofocadas de la manera más contundente y cruel.

En definitiva, gracias al estilo ágil y didáctico que nos brinda esta ópera prima de José Tomás Reyes Bujalance, el recorrido por

la Prisionera de su Cuerpo, se hace interesante y ameno de principio a fin, trasladándonos a una ciudad cargada de historia y solera, en la que vamos descubriendo el día a día de su vida, de sus formas y costumbres, en muchos casos marcadas por sus instituciones más representativas entre las que hay que destacar a la hermandad de Nazarenos, que data de 1589 y fuese la fundadora de la cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. También el casino primitivo en cuyos salones y patio se echaban a andar proyectos y planes de unos y otros protagonistas y en los que aflora lenguaje y conceptos jurídicos que delatan a las claras la formación del autor.

El urbanismo del casco antiguo de Baena también está muy presente en la obra destacándose algunos de sus más representativos edificios, como el caso de la preciosa casa de Tercia, construido a finales del siglo XVIII para el almacenaje del grano, semillas, aceite o vino y, en general, de todo lo que se pagaba en concepto de diezmos y tercias correspondientes a la Corona hasta que, con las desamortizaciones de mitad del XIX, se suprimieron las rentas destinadas a la Iglesia, decayendo así el uso del edificio que pasó entonces a manos particulares. También las iglesias de las dominicas del convento Madre Dios o la de Nuestra Señora de Guadalupe, el mercado y hasta callejas y barreduelas de la ciudad.

Es, en todo ese contexto tan cuidadosamente traído ante nuestros ojos, donde se desarrolla una dinámica historia que, como todo en la vida, va tejiendo un panorama de situaciones que, en la medida que cada parte en conflicto quiere solventar en su provecho, solo consigue hacer más complicado para todos ellos su resolución, hasta que, por fin, siempre mediando el infalible catalizador del tiempo, todo acaba de nuevo por encajar.

Nos encontramos, finalmente, ante una obra que cumple holgadamente con los fines propios de una buena novela histórica, pues divulga, ilustra, entretiene y traslada al lector hacia otro tiempo que, quizás, a pesar de las apariencias, no sea tan lejano al nuestro.

JOAQUÍN LOZANO TORRES

Capítulo I

Los secretos de mi desván

Cuando era niño, me fascinaba explorar el desván de la antigua casa de mi abuela, doña Francisca Clara Teodora de las Morenas y Reyes. Con el tiempo, aquella casa se convirtió en el hogar de nuestra familia, los Laguna Pimentel. Mi abuela Paca, Mamapaca, solía decir que el desván era un lugar mágico, donde, según ella, se podía conversar con el espíritu de la esposa de su suegro, mi bisabuelo, el notario de la ciudad de Baena, don Manuel María Pimentel y Clavero. Lo curioso es que esa mujer, doña Ana Haza de la Cerda, no era su suegra ni tampoco mi bisabuela. Al menos, eso aseguraba mi madre cada vez que hablaba de los misterios que envolvían aquel rincón de la casa. En realidad, nunca conocí a mis abuelos, y mucho menos a mis bisabuelos; mi abuela Mamapaca falleció cuando yo apenas tenía diez años.

Como ya he contado, aquel desván ejercía sobre mí un hechizo difícil de explicar. Era como si me llamara en silencio, prometiéndome secretos y aventuras invisibles. Siempre que podía, me escabullía para subir a hurtadillas a mi refugio preferido y cruzar el umbral de un mundo oculto, ajeno a las normas dictadas. Mi madre, tan mandona como lo fue su propio padre, nos tenía terminantemente prohibido subir, alegando que el techo de la planta baja sufría con nuestros pasos. Pero yo intuía que había algo más, algo que ella nunca quiso revelar. Tal vez temía que el desván despertara memorias que prefería mantener dormidas. Por suerte, la casa era

tan grande y laberíntica que uno podía desaparecer sin dejar rastro, y yo aprovechaba cualquier descuido para subir furtivamente a mi santuario secreto, donde el polvo parecía guardar historias y los objetos olvidados y almacenados susurraban nombres que nadie pronunciaba ya.

El desván era una planta inmensa, casi cuatrocientos metros cuadrados de espacio abierto, apenas interrumpido por tres habitaciones que parecían flotar en aquel mar de silencio. La primera era el antiguo dormitorio del servicio, donde tres catres se alineaban en paralelo. Aquellas camas, con sus colchones de lana y somieres de muelles algo vencidos, eran para nosotros, mis hermanos y yo, auténticos trampolines de aventuras. Saltábamos de uno a otro como si el tiempo no existiera, hasta que algún tirante de acero nos recordaba, con un golpe seco y alguna herida en labios, brazos o piernas, que la magia también tenía sus límites.

Al subir desde la cocina, apenas tres escalones bastaban para alcanzar el desván. A la derecha, un hueco cubierto por una cortina hacía las veces de armario improvisado. A veces, mi hermano Ignacio Isidoro, a quien todos llamábamos Bodoro, y yo nos escondíamos allí, envueltos en la penumbra, para espiar con la inocente curiosidad de la infancia a alguna joven que se cambiaba de ropa, poniéndose el uniforme o el bañador antes de tomar el sol en el patio de la casa, que curiosamente estaba casi al mismo nivel que el desván.

Más allá de los catres, una puerta casi siempre cerrada con llave —como tantas otras en aquella casa— conducía a un pequeño almacén. Allí se guardaban los productos de la huerta, triturados y embotellados con esmero, junto a orzas de lomo en manteca y tinajas de aceite que parecían custodiar el sabor de generaciones pasadas. Todo en ese espacio olía a tiempo detenido, a memorias conservadas en vidrio.

Pero el verdadero embrujo del desván comenzaba al cruzar la puerta que lo separaba de las dos habitaciones anteriores. Curiosamente, era la única que nunca estaba cerrada con llave, ajena al

férreo control del gran llavero de mi madre. Aquel llavero, de latón dorado con forma de clip, colgaba siempre de su cinturón, adornado con la efigie de Santa Ana Jugan, un regalo de su hermana mayor, la madre Magdalena de Nuestra Señora de los Santos. Era como si esa puerta, desvencijada y de madera barata, resistiera el orden impuesto por el resto de la casa, como si custodiara algo que no podía ser encerrado.

En su parte inferior, un agujero circular hacía las veces de gate-
ra. Siempre convivíamos con al menos dos o tres gatos, silenciosos y esquivos, que se deslizaban por aquel umbral como si supieran algo que nosotros ignorábamos. Yo estaba convencido de que ellos conocían los secretos del desván mejor que nadie.

Aquella tarde de lluvia intensa, en pleno verano de 1962, empujé la puerta del desván con el hombro, obligándola a ceder al roce con el suelo. Su chirrido, eterno y familiar, resonó como una contraseña secreta que me daba acceso al gran salón encantado. Sí, encantado, porque me permitía jugar en soledad entre los cachivaches que lo poblaban, aunque aún no podía imaginar el verdadero embrujo que guardaba aquel lugar.

A la derecha, cuatro sillas de montar descansaban sobre sus caballetes de madera, como corceles esperando la orden de partir. Para mí, eran reales: Batidor, la jaca torda cartujana; Nerón, mi caballo negro; Mustafá, un árabe noble con el que galopaba por los infinitos campos del sotabanco; y Deisy, mi pura sangre inglesa, elegante y veloz. Junto a ellos, aperos de labranza, un baúl forrado en piel de jabalí sin apelambrar —áspero como la memoria—, otro de latón y madera, con el interior forrado de papel, y un sinfín de muebles y artilugios apilados en un caos perfectamente desordenado.

Ese montón era mi montaña secreta, mi fortaleza. Me permitía trepar, esconderme, desaparecer del mundo. Aunque, a veces, el escondite se volvía trampa, y me quedaba atrapado entre muebles y baúles, esperando a que mi hermano viniera a rescatarme. Cuando eso ocurría, el rescate no era gratuito: alguna moneda, o la pro-

mesa de llevarlo a cuestras durante una semana, como si yo fuera su caballo. Él era más pequeño, sí, pero también más travieso... y, sobre todo, mucho más abusón.

Mi auténtico escondite, mi santuario secreto, lo descubrí, como ya he contado, una tarde de lluvia del verano de 1962. El sonido de las gotas golpeando el tejado parecía marcar el ritmo de una revelación. Me impulsé con la cuerda de un columpio que mi padre había colgado de una de las enormes vigas redondas de madera que cruzaban el desván de lado a lado, como arterias de un cuerpo. Con la ayuda de una estantería, logré encaramarme a la viga, y culebreando con cuidado encontré una oquedad entre las traviesas del techo. Me deslicé por ella y accedí a un sobradillo oculto, cuyo suelo de cañizo y yeso cubría la misteriosa «habitación prohibida», aquella de la que nadie hablaba, pero que todos parecían evitar.

Aquel escondite era perfecto. Si alguien subía, mi madre, mis hermanos, jamás podrían imaginar que yo estaba allí, suspendido entre el techo y el silencio. Era como haber encontrado una grieta en el mundo, un lugar donde el tiempo se detenía. Solo me faltaba comprobar que la bajada fuera tan fácil como la subida, para que aquel refugio se convirtiera en el mejor de todos los resguardos del universo. Y en ese momento, con el corazón latiendo como los chillones de un tambor de mi pueblo, supe que había cruzado un umbral invisible: ya no era solo un niño jugando, era un explorador de secretos.

Y, efectivamente, haciendo palanca y poniendo una pierna sobre la estantería y la otra sobre el columpio, pude bajar y subir dos o tres veces más.

Una tarde-noche de aquel verano, mientras todos habían salido y mis padres se encontraban en el cine de verano, como era costumbre, sentados en las mesas del ambigú del cine Avenida, saboreando zarzaparrilla con patatas fritas de maquinilla¹, decidí

1 En mi casa se denominaban así a las patatas que hoy se les llama patatas fritas de bolsa, pero que, en los años sesenta, se vendían en cartuchos de papel y se freían diariamente.

regresar solo a casa. Entré por la puerta falsa, con la intención clara de subir al desván sin ser visto, como quien regresa a un lugar sagrado que guarda un secreto aún por revelar.

Me dirigí sin titubeos a mi escondite. Una vez arriba, me senté sobre una de las vigas, paralizado por el crujido siniestro del cañizo bajo mis pies. Temí que el suelo cediera y me precipitara al vacío, pero el deseo de explorar era más fuerte que el miedo. Avancé con cautela, saltando de viga en viga como un equilibrista en la penumbra. Al pisar la penúltima, un resbalón me obligó a apoyar la mano en una traviesa, donde noté un pequeño resalte de madera. Al presionarlo, un postigo camuflado en la pared frontal se abrió con un leve chasquido, como si el desván hubiera estado esperando ese gesto durante años.

Ante mí se reveló un habitáculo de unos cinco metros cuadrados. En su centro, solitario y solemne, reposaba un ataúd negro. A su lado, una silla baja de madera de olivo con asiento de enea sostenía una llave y un quinqué de aceite, cuyo contenido se había evaporado hacía tiempo. El aire era denso, cargado de polvo y de algo más difícil de nombrar: una presencia, una vida suspendida, un silencio que parecía mirar. Me quedé allí, sin atreverme a tocar nada, sintiendo que había cruzado un umbral invisible, que ya no era solo un niño jugando en el desván, sino el testigo de un secreto que la casa había guardado celosamente durante generaciones.

Curiosamente, lejos de sentir miedo y salir corriendo, algo más fuerte que yo, una mezcla de fascinación y vértigo, me impulsó a entrar en el habitáculo. Era como si el desván, en su silencio, me hubiera elegido para revelar su secreto.

Con las manos temblorosas, tomé la llave que descansaba sobre la silla. Tras varios intentos, conseguí abrir la tapa del ataúd. El crujido de las bisagras resonó como un lamento antiguo, como si despertara algo que llevaba demasiado tiempo dormido. Dentro, un esqueleto yacía envuelto en una mortaja desgastada por el tiempo. Por su forma y delicadeza, me pareció femenina. Pero lo que más me estremeció fue el interior de la tapa: la tela estaba desgarrada

y la madera mostraba arañazos profundos, como si unas manos desesperadas hubieran intentado abrirla desde dentro.

Moví con cuidado los restos de la mortaja, y dos detalles me helaron la sangre: una segunda llave, junto a los huesos de la mano izquierda, que encajaba perfectamente en la cerradura desde el interior, y un pequeño respiradero en el extremo opuesto, junto al cual yacía una campanilla volcada. Todo indicaba que aquella persona había estado viva cuando fue encerrada. El pensamiento me paralizó.

Indagando dentro de la caja, encontré una nota raída por el tiempo. La tinta apenas se sostenía sobre el papel, pero conseguí leerla, no sin dificultad: «Mi querida Ana, ¿por qué me has dejado antes de tiempo?». La frase flotó en el aire como un susurro que no quería desaparecer.

—José Rafael, ¿estás ahí? —oí la voz de mi hermano Bodoro llamándome desde algún rincón del desván.

No respondí. Contuve la respiración, como si el más leve sonido pudiera romper el hechizo o revelar mi presencia. Quería conservar mi doble secreto: el escondite en el sobradillo... y el ataúd desenmascarado en su interior.

Capítulo II

Mi despertar

A la mañana siguiente desperté con la sensación de haber regresado de un lugar lejano. Comprendí que todo había sido un sueño. Uno más, de los muchos que ahora, con más de setenta años, me visitan trayendo recuerdos de una infancia feliz, tejida entre juegos, secretos y silencios que aún resuenan en mi memoria.

Pero este sueño fue distinto. Fue un sueño revelador. Aunque todo lo que soñé sobre el desván coincidía con lo que recordaba haber vivido, incluido el escondite sobre el techado de cañizo de la habitación prohibida, lo que surgió como nuevo fue la visión de una estancia secreta, oculta tras las vigas, con un ataúd solitario en su centro.

Y digo que fue revelador porque, quizás, mi madre, desde el más allá y a través del ensueño, volvió a contarme lo sucedido a doña Ana, la primera esposa de su abuelo, el notario. Aquella mujer que, según se decía, padeció catalepsia y fue enterrada prematuramente. En una exhumación posterior, encontraron la tapa de su féretro arañada, como si hubiera intentado salir, como si la muerte no hubiera llegado aun cuando la encerraron.

Tal vez el sueño no fue solo un recuerdo, sino una advertencia, una confidencia, una historia que la casa quiso que yo supiera. Y ahora, tantos años después, me pregunto si aquel desván sigue guardando sus secretos... o si, al contarlos, he liberado por fin a sus fantasmas.

Mi madre desarrolló, quizás por todo aquello, una profunda tafiofobia. Nos lo repetía incansablemente a sus siete hijos: no quería ser enterrada, deseaba ser incinerada. Y así lo cumplimos, con respeto absoluto, cuando tristemente nos dejó. Fue su voluntad, pero también su forma de conjurar un miedo que la acompañó toda la vida.

Ella fue, sin duda, quien me inspiró a escribir sobre la catalepsia en el siglo XIX. No solo por aquel sueño revelador, sino por las muchas veces que me relató la historia de doña Ana, la primera esposa de su abuelo, el notario Manuel María. Una historia de amor truncada, vivida en la segunda mitad de aquel siglo, en Baena, la ciudad de mis amores, que hoy se convierte en el escenario natural de este relato.

Y aquí estoy, dispuesto a contarlo todo. Porque siempre fui obediente, y mucho más cuando se trataba de los deseos de mi madre. No tengo dudas: aquel sueño fue un mensaje claro, una invitación suya desde el más allá para que pusiera por escrito lo que la memoria familiar nunca se atrevió a gritar. Y yo, como buen hijo, he decidido escucharla.

Capítulo III

La enfermedad de doña Ana

—Ana, hoy al mediodía, cuando termine en la notaría, iré al Liceo. He quedado con Ricardo Castella —le dijo mi bisabuelo a su esposa.

—Muy bien, Manuel. Si ves al marido de mi tía Aurorita, pregúntale por ella. Ya sabes que, desde que perdió a su hijo por el cólera morbo asiático, no ha vuelto a levantar cabeza —respondió doña Ana con un suspiro contenido.

La Sociedad Casino Liceo de la Villa, fundada en 1860, era un espacio de recreo y encuentro para la élite local, donde se celebraban certámenes artísticos y tertulias entre conocidos. En aquella Andalucía rural de la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad era profundamente endogámica. No solo por la concentración del poder en unos pocos apellidos, sino también como estrategia para preservar los patrimonios familiares. Los acuerdos matrimoniales se tejían entre parientes o dentro del mismo estrato social, como si el linaje fuera una moneda que no debía mezclarse.

Doña Ana Haza de la Cerda vivía con el peso de un secreto que la aislaba: padecía lo que entonces se conocía como «muerte aparente²», una forma de catalepsia que la sumía en trances sin poder moverse, hablar ni pedir auxilio. Guardaba su dolencia con

2 Muerte aparente: Situación en la que el sujeto está vivo, pero sus funciones vitales, circulatorias, respiratorias, neurológicas, etc., son tan débiles que parece que está muerto. (Definición del diccionario médico de la Clínica Universidad de Navarra <https://www.cun.es/diccionario-medico/terminos/muerte-aparente>).

absoluto recelo, temiendo no solo el estigma social, sino algo aún más aterrador: ser dada por muerta y enterrada viva.

Por eso, cada vez que despertaba de uno de esos episodios, repetía a su marido con insistencia:

—Manuel, prométeme que cuando fallezca, no me darás sepultura hasta que hayan pasado al menos cuatro meses. Y recuerda lo que siempre te digo: que el féretro tenga una cerradura con apertura interior y exterior, y que una de las llaves quede dentro de la caja. ¡Ah!, y quiero que durante ese tiempo me tengas en un cuarto que construyas en el desván, lejos de la vista de cualquiera.

Don Manuel María, ajeno a la obsesión que atormentaba a su esposa, solía responder con impaciencia:

—¡Que sí, pesada! —Y pensaba para sus adentros «Qué ofuscación con la muerte tiene esta mujer».

Don Ricardo Castella y González-Aurioles, abogado granadino, había llegado a Baena por invitación de mi bisabuelo. Ambos habían estudiado Derecho en la Universidad de Granada, y como a don Manuel le había ido bien en aquel pueblo cordobés, donde se estableció como notario y contrajo matrimonio con doña Ana, quiso que su amigo también echara raíces en esa tierra fértil en tradiciones. Con el tiempo, ambos lograron ser admitidos en la cerrada sociedad baenense, aunque no sin esfuerzo: antes debieron arrendar y adquirir tierras, demostrar solvencia y adaptarse a los códigos no escritos de la aristocracia rural.

En la Baena del siglo XIX, o se era terrateniente y se vivía de la agricultura sin necesidad de trabajar, o simplemente no se era nadie. El trabajo manual se asociaba a la penalidad bíblica, consecuencia del pecado original. Se percibía como castigo, como fatiga, dolor físico, sumisión y necesidad. Por eso, el prestigio social se medía en hectáreas, no en méritos; en apellidos, no en esfuerzos.

—¡Hombre, Ricardo! Me alegra verte. Hace al menos dos semanas que no coincidimos —exclamó mi bisabuelo, levantándose de la mesa del Liceo, donde lo esperaba leyendo un artículo de El

Imparcial firmado por doña Emilia Pardo Bazán, sobre su visita en Venecia al pretendiente al trono carlista.

—Encantado de volver a saludarte —respondió su amigo con una sonrisa franca, estrechándole la mano—. ¿Cómo van tus aportaciones a la reforma del notariado?

—Pues estoy satisfecho —dijo don Manuel, con tono sereno—. He tenido que viajar bastante: a los pueblos cabecera de partido de la comarca, a Sevilla, a Madrid... Pero ya solo esperamos la votación correspondiente y, sobre todo, la unificación, que sabes que defiendo con firmeza.

Hasta bien entrado el año 1850 no comenzó a hablarse con seriedad de renovar y unificar el notariado en España, no solo desde una perspectiva profesional, sino también territorial. A pesar de las tímidas reformas impulsadas por los Borbones, persistían graves deficiencias en su funcionamiento, que afectaban al bien común, a la ciudadanía y al equilibrio institucional. La normativa era dispersa, fragmentada, y su aplicación variaba según el territorio, lo que generaba inseguridad jurídica y desigualdad.

—Ya sabes que mi gran lucha es dignificar la fe pública y el ejercicio libre de la profesión —dijo don Manuel María con convicción—. Todo ello amparado por una Ley Orgánica que reconozca los estudios de Derecho Notarial y exija, posteriormente, la formación general en Derecho para acceder a la carrera.

—Está claro, Manuel —respondió don Ricardo con tono reflexivo—. Pero mientras no se logre diferenciar claramente el poder judicial, el económico-fiscal y el notarial a nivel nacional, no habremos avanzado. Todo sigue demasiado mezclado: los escribanos concejiles, dependientes de los ayuntamientos, y los escribanos-notarios que actúan en causas judiciales, sin una delimitación precisa.

—Bueno, ya te explicaré las soluciones que se vislumbran para esos casos —añadió don Manuel, mientras se levantaba con gesto decidido—. Ahora, si no te importa, pasemos a comer. He pedido al conserje que nos preparen mesa y manteles en un reservado.

Estaremos tranquilos, sin interrupciones, y podremos hablar con más calma.

—Vaya, me tienes intrigado. ¿Acaso quieres hablarme de la Unión Liberal y su incipiente plutocracia? —preguntó Ricardo con una sonrisa inquisitiva.

—No estaría mal, Ricardo. Contigo se puede hablar de política con sosiego, sin los prejuicios de la oligarquía local, que no suele bajarse de los mitos de la sociedad cristiana ni encarar la libertad desde el progreso moral colectivo y la educación. Pero no, no quiero hablar de eso hoy. Si no te parece mal, lo dejamos para otro día —respondió don Manuel, con tono pausado pero firme.

—Luis —dijo el notario, dirigiéndose al conserje del Liceo—, ¿está listo nuestro reservado?

—Sí, señor. Pueden pasar cuando lo deseen. He indicado a Vicente, el camarero que los atenderá, que se retire tras servirles. Si necesitan algo, solo tienen que usar el tirador que tienen a su espalda para que suene la campanilla en la sala de camareros y él suba.

—Perfecto, Luis. Muchas gracias —dijo don Manuel, abriendo el brazo derecho y señalando con la palma extendida, en gesto reverencial—. Tú primero, estimado amigo.

Don Manuel María era un hombre de gustos refinados. En su cortijo Boto Real, conocido simplemente como Boto, cultivaba cereal, mantenía un incipiente olivar, una huerta generosa, una viña llamada La Dorada y un pequeño lagar que producía un vino excelente, reservado exclusivamente para su consumo y el de unos pocos amigos. El vino llegaba desde el cortijo en grandes botas de piel de cabra, metidas en serones de esparto, que una reata de mulos transportaba hasta una cueva en el sótano de su casa, justo bajo las cuadras, donde se conservaba a temperatura constante. El trasiego del vino a las botellas era todo un ritual, realizado con jarrillos de lata. Para que adquiriera el frío justo, las botellas destinadas al consumo inmediato se sumergían en un pozo de agua helada, como si el vino también necesitara purificarse antes de ser servido.

Había bautizado su vino como Reliquia de Boto, y así constaba en una sobria etiqueta, sin más información que el nombre. Aquella mañana, don Manuel dispuso que, a las dos en punto, un propio³ llevase al Liceo dos botellas en un canasto de mimbre, envueltas en tela de saco de arpillera humedecida, para conservarlas frías. Quería compartirlas con su amigo el abogado, como solía hacer en ocasiones especiales.

—¡Qué buen vino haces, amigo mío! —exclamó don Ricardo tras degustar el primer sorbo—. Pero, cuéntame, ¿de qué quieres hablarme? ¡Me tienes en ascuas!

—Se trata de Ana —respondió el notario, bajando la voz—. Desde hace tiempo tiene una obsesión desorbitada con su muerte. Se ha empeñado en que le construya una especie de panteón en el desván de la casa. No quiere que la lleve a enterrar hasta que pasen varios meses desde su fallecimiento.

Don Ricardo se atragantó al escuchar aquello. Tras un golpe de tos, logró decir con dificultad:

—¡Pero hombre de Dios, eso es una barbaridad!

—¡Chis! Calla, no levantes la voz. Serenémonos, que aún no te he contado lo peor. Bebe un poco más de vino —respondió don Manuel, con gesto grave.

—¿Cómo? ¿Pero piensas hacerle caso? —preguntó el abogado, aún incrédulo.

—No, no es que piense hacerlo... es que ya se lo he hecho —confesó el notario, con tono resignado.

—Pero hombre, no me digas eso —objetó su amigo, entre la sorpresa y la preocupación.

—Sí, sí, ya sé que somos hombres de leyes y notables en este pueblo... pero lo he hecho. ¡Me ha vuelto loco! —remató el notario, con un gesto de desesperación—. Y aún hay más: Ana ha empezado a subir al sobradillo para dormir allí la siesta... e incluso algunas noches.

—No me lo puedo creer. ¡No doy crédito! ¡Por Dios! Que un

³ Nombre que se usaba muy frecuentemente para quien actuaba de recadero.

hombre de tu inteligencia y probidad consienta tal aberración es intolerable —exclamó don Ricardo, visiblemente alterado.

—Pues no creas que eso es todo —respondió don Manuel, bajando la voz.

—Claro que no es todo —intervino don Ricardo, más sereno pero firme—. Habrá que llevar a tu esposa a que la vea mi suegro⁴ o alguien de su confianza. Ya sabes que es catedrático en la Facultad de Medicina de Granada y un profesional de reconocido prestigio.

—Me temo que ya es tarde —dijo el notario, con un tono sombrío—. Ana se metió en el panteón hace dos semanas, cerró por dentro... y como lo construí tan bien, con apertura interior, no pensé que al echar la llave desde dentro no pudiera abrirse desde fuera. Ahora... no hay manera de entrar. ¡Me temo que haya podido morir!

—¡Ana, Ana! —exclamó su esposo, zarandeándola con angustia—. ¿Qué te pasa? ¿Estás teniendo una pesadilla?

—¡Ay, Manuel! Sí, sí... abrázame, por favor. He tenido una pesadilla horrible. ¿Qué hora será?

Don Manuel se levantó, caminó hacia el balcón y, entreabriendo el postigo, miró su reloj a la luz de la luna. Luego volvió a acostarse junto a ella.

—Anda, Ana, duérmete. Aún no han dado ni las cuatro.

—Vale, vale... pero, por favor, abrázame fuerte.

4 Eduardo García Duarte (1830-1905), padre de Blanca García-Duarte y González fue catedrático de la Facultad de Medicina de Granada y llegaría a ser rector de la Universidad de Granada.